Dios mío, me habéis criado de la nada; me habéis dado y dais todo lo que tengo; me amáis; me amasteis desde la eternidad. Nada puedo daros si antes no me lo dais Vos. Me amáis por puro amor, sin que yo pueda pagároslo; dadme amor para que os ame. Soy, hechura vuestra por la gracia e hijo vuestro; dadme siempre amor de hijo para que nunca me domine la traición. Todo mi amor y mi alma sean para Vos y mis ojos estén fijos en tu mirada.

62. Me habéis hecho la gracia de llamarme a la Orden y haberme consagrado a Vos para que toda mi vida sea correspondencia a Vos en amor, ya que el fin principal de mi Orden es amaros. Mi vida de religioso es amar con todo el corazón, viviendo sólo para Vos y amaros expiando por todos los que no os aman, pero siempre escondido en vuestra luz y en Vos mismo.

Amándoos sin medida podré saciar la sed de amor que en mí habéis puesto. Vos me ofrecéis el agua viva de vuestra gracia y yo hmildemente os suplico, como la samaritana, que me deis de esta agua viva, que sólo Vos podéis dar y estáis deseoso de dar. *Dadme a beber de esta agua, Señor.*

Con la sed de amarle que en mí ha puesto me ha dado un encargo: el encargo propio de los hijos y del amor.

Un día memorable dijo el Señor a Nuestra Santa Madre: *Desde hoy... cuidarás de mi honra.* Al mismo tiempo de darle este encargo de suma confianza, le dio las arras de verdadera esposa: un clavo sacado de su mano. Pero es propiedad del amor y de los hijos, como de la esposa, cuidar muy aten-

tamente de la honra del ser amado, y más si es padre o esposo. Dios es, en mi deseo, el objeto único de mi amor y es mi Padre. Por obligación y por amor debo cuidar de su honra.

Aunque el conocimiento de las perfecciones de Dios está sobre toda ciencia y sobre todo saber y conocer criado, si me doy alguna cuenta de lo que Dios es en Sí y de lo que es para mí, encauzaré toda mi atención, todo mi amor y todas mis fuerzas a su amor y a su alabanza. Mi cuidado único será amarle yo y procurar que todos le ofrezcan su amor y canten su gloria en amor.

63. Mi vida de religioso no tiene otro objeto. Me retiro del mundo en la realidad y con el afecto; me alejo de mi familia y de mis amistades; renuncio a los bienes y galas, abrazándome con la pobreza; vivo en el silencio y en el retiro del claustro, en la casa de Dios, confiándome a su paternal providencia en todos los órdenes para ser todo de Dios y sólo de Dios, para amar a sólo Dios y, desligado de todo, que todo mi amor sea para Dios, amando a los míos en Dios y pidiéndole que todos le conozcan y le amen.

Me enseñaron mis Santos Padres, y antes nos lo enseñó a todos Nuestro Señor Jesucristo, que no es a los hombres a quienes debo dirigir mi petición implorando su limosna o mendigando su cariño. Eso es hacer de menos a Dios y desconfiar de su amor o de su Providencia. Sabe muy bien Dios lo que necesito, y me ama y se ocupa de mí con amor de Padre omnipotente. Estoy en su casa y a su cuidado. Todas las criaturas y todos los bienes están en sus

manos y de Dios procede todo amor. Dios obra sus milagros con los que en El confían, siempre que los milagros sean necesarios. Obra continuamente milagros, a modo de providencia ordinaria, con los que se le han consagrado y en El confían; obra milagros en lo exterior proveyéndoles de lo necesario para el sustento, como sustentó milagrosamente a los israelitas en el desierto, con el maná y obra milagros más grandes en lo interior de las almas, haciéndolas florecer en santidad.

Mi deber de religioso es amar a Dios con todo mi corazón y cantar sus misericordias y su gloria. Pedirle por todos los hombres, mis hermanos, y ofrecerle todas mis obras. Pedirle mayor amor para mí y para los míos y la gracia y la salvación para las almas. Jamás debo olvidarme de esta petición.

64. Con frecuencia se pregunta la gente, con harta razón: ¿Qué hace el religioso en su convento? Y debo reflexionar bien que el religioso que no está en su convento o en el ejercicio santo de su ministerio, mientras está en otros cumplidos o pasatiempos, se puede decir deja de ser religioso. Porque el religioso renunció al mundo y a cuanto respira mundo, y bien desventurado es el religioso que vuelve a buscar el mundo o a meterse en el mundo.

¿Pues qué hace el religioso retirado en su convento? Como el religioso está consagrado a Dios y vive en la casa de Dios y en la presencia y compañía de Dios, *está haciendo la obra de Dios y ocupado en los negocios de Dios*. La obra de Dios es amar y mostrar amor a la creación. *En mi convento debo estar amando a Dios, y en Dios y según Dios a to-*

dos los demás. En mi convento debo estar orando y expiando y pidiendo por la salvación y santificación de las almas. Estoy acompañando a Dios y poniéndome en la balanza de Dios; estoy ofreciéndome en oración y sacrificio a Dios como contrapeso de los pecados y de la impiedad de los hombres, para convertirlos y llevarlos al cielo.

No puedo estar ocioso en el convento. «El ocio —decía San Bernardo— es el lodazal de todas las tentaciones y pensamientos malos e inútiles. El ocio inactivo es la más tremenda maldad del entendimiento.» «No es ociosidad estar quieto con Dios y atento a El; antes bien, es el negocio de todos los negocios. El que viviendo en la celda no vive con fidelidad y fervor, está verdaderamente ocioso cuando hace cualquiera otra ocupación si no lo hace para agradar a Dios.»

No puedo estar ocioso en el convento. Dios me encarga el negocio más importante y de mayor responsabilidad. En mi convento debo pedir continuamente gracia y amor, misericordia y perdón por todos y para todos, nunca venganza, ni aun debe caber en mí el olvido y abandono. Dios me encomienda a todos. Oigo a Jesucristo que, clavado en la cruz, dice lleno de amor a su eterno Padre: *Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.* A su imitación, y unido a El, os digo sin cesar: Dios mío, aquí estoy yo, átomo de nada; pero en mi nada os pido descarguéis el peso de vuestra justicia sobre mí y tengáis misericordia de todos los hombres y perdonéis a los que os ofenden, que al fin son hijos vuestros y redimidos por Jesús. Bien sabéis Vos que es mayor la humana flaqueza que su malicia.

Estoy en el convento para amarte a Ti y para pedir que todos los hombres sean como Tú quieres. Todos los religiosos unimos nuestra petición y expiación, nuestro amor y sacrificio, a los de Jesús. A la sombra de la Cruz nos escucharás. Te amamos por todos los que te odian; te bendecimos por todos los que te olvidan, no te conocen o no te aman.

Mi obra continua en el convento es la del cielo, pero todava sin el gozo ni la seguridad de la gloria. Mi obra es *amar a Dios, mirarme en Dios y alabar a Dios con todas mis fuerzas y unido a su infinita alabanza.* Interceder y suplicar por las almas que viven en toda la tierra, unido a la redención de Jesús. La obra más levantada, más grande y más hermosa. La obra más importante. ¿No me llenará de alegría? Esto mismo decía San Bernardo: «Lo que se hace en el cielo se hace también en la celda. ¿Y qué se hace? Estar ofrecido a Dios y estar gozando de Dios. Cuando en las celdas se realiza esto piadosa y fielmente, según lo ordenado, me atrevo a decir que los ángeles de Dios tienen las celdas por cielos y lo mismo se gozan en las celdas que en los cielos.»

En el convento los religiosos negocian con los tesoros de amor divino, defienden la honra y gloria de Dios y compran con amor y expiación las almas de los hombres para que sean bienes de Dios. Estoy en el convento acompañando a Dios y viviendo a Dios.

65. Mi ofrecimiento a Dios y mi súplica por las almas no ha de ser sólo con los labios o por un momento. Si mi ofrecimiento a Dios es verdadero, Dios me llenará el corazón y se hará vida mía y vivifica-

rá todos mis actos; si mi ofrecimiento es verdadero, Dios me mostrará lo hondo, grande e inmenso del misterio de la cruz y toda su hermosura y riqueza; me impulsará hacia *la espesura del padecer* para vivir revestido de su luz y fortaleza.

Porque Jesucristo *se ofreció de verdad*, sintió en su alma santísima y en su cuerpo el peso de la expiación de todo el mundo, de la cual quiso hacerse cargo. Porque se abrasó en amor, se inmoló totalmente. El amor le hizo llegar a ser Dios hecho hombre y tentado, despreciado y crucificado, lo cual es el pasmo del entendimiento humano y angélico, sin que en la tierra podamos llegar nunca a comprenderlo. Ofreció su nombre y su honra. De este modo cuidó de la honra de su Padre y hasta este extremo amó a los hombres. Con verdad pudo decir: *He clarificado al Padre*. Le he dado mayor gloria, sin comparación, que puede darle toda la creación. ¡Cuán inmensurables son los misterios de la Encarnación y de la Redención!

Jesús me manda que también clarifique yo, dentro de mi nada ,a Dios; que busque su gloria. ¿Cómo podré, Dios mío, daros gloria siendo nada? Jesús me lo enseña: *Cargándome de fruto y haciéndome discípulo suyo*; ofreciéndome a Dios por mediación de Jesús; amando a Dios con El; intercediendo por todos los hombres en su compañía; estando siempre ofrecido a su voluntad santísima en cuanto El disponga o permita, bien sea en sequedad, bien sea en tentación; ya sea en dolor, ya en persecución. Con gusto aceptamos las alegrías y gozos. Oh María, Madre mía, enséñame a ofrecerme; enséñame a amar y

a cuidar de la honra de Dios en mi convento, que es tu casa. Tú eres mi Madre y mi modelo.

¿Qué hace el religioso en su convento? Deshacerse todo, como Jesús en la cruz, en ofrecimiento y en amor a Dios; deshacerse como incienso oloroso, que se quema en el sacrificio y sube agradable ante el Señor. El sacrificio de una víctima, como lo dice la palabra, es doloroso, y el holocausto supone la destrucción total de la víctima, para la más perfecta purificación y alta transformación. Si se ha de transformar y sobrenaturalizar, es imprescindible se queme todo lo flaco, lo imperfecto, lo manchado, lo que contiene algo de discordia o algún apego de tierra en la víctima, para que suba al cielo pura como perfume oloroso y, por ella, envíe Dios la lluvia de gracias y de bendiciones sobre las almas.

En humildad y amor sube a Dios el sacrificio y desciende el amor de Dios sobre el alma víctima que lo realiza y sobre las demás almas.

66. A la pregunta individual de ¿qué hago yo en el convento?, tengo que responder con mis hechos y mis intenciones. Mis obras responderán por mí. Puedo engañar a los hombres, los cuales quizá juzguen piadosamente que yo seré muy santo y rogaré mucho por ellos, pues vivo en el convento. Pero ante Dios no vale esto. A Dios no puedo engañarle. Sabe El muy bien lo que debo hacer y lo que hago en mi convento. Conoce mis hechos, mis afectos todos y los impulsos de mi espíritu. Dios ve mis obras y ellas, no las apariencias, son las que responderán por mí, y deben decir: *Estoy en el convento para ser todo de Dios.* Salí huyendo del mundo y estoy aquí,

uniéndome al sacrificio de Jesús, orando con El, ofreciéndome a Dios con El y pidiendo por mediación de El amor, gracia y el cielo para todos. Estoy en el convento para estar continuamente amando a Dios como sus ángeles.

Si estoy pidiendo amor de Dios para todos, debo yo vivir antes la verdad del amor de Dios. Mi vida debe desenvolverse en Dios, debo pensar en Dios y ofrecerme a Dios. Para esto me ha llamado el Señor al convento. Si no cumplo esto me dirá: «¿Qué haces tú aquí, en mi casa, si yo te traje para que vivieras mi amor, te ofrecieras e intercedieras por los demás?» ¿Cómo me atreveré, Dios mío, a pedir fidelidad y santidad para las demás almas si vivo yo floja y remisamente? ¡Si mi corazón está en las personas y cosas del mundo tanto o más que en Vos! Dadme, Dios mío, vuestro amor y las virtudes. Dadme recogimiento interior y exterior, dadme presencia vuestra y ofrecimiento a Vos. Sólo para Vos quiero ya vivir como debo. Que no tengáis que decirme como merecía: *Arrojadle a las tinieblas exteriores.*

67. *Tú cuida de mi honra,* me dices como a mi Santa Madre. Antes se la habías encomendado a tu Madre Santísima. Siglos antes sintió esto mismo en su pecho el gran profeta mi Padre Elías.

Y tú, San Miguel, Príncipe amado y triunfador de los ejércitos del Señor, antes que nadie cuidaste y me enseñaste a cuidar de la honra de Dios. Contra la rebeldía y desobediencia de Luzbel te recogiste tú en humildad en tu Dios, admiraste y alabaste su omnipotencia y hermosura infinita, te confesaste criatura suya y en su luz y en su gloria dijiste ala-

bándole agradecido: *¿Quién como Dios?* Y te ofreciste todo a El recibiendo vida de su vida y gloria de su gloria. Fue tu grito silencioso de amor intenso y resonó por toda la creación como himno jubiloso de victoria, y encerró en el infierno al demonio confundido y humillado. Triunfaste viviendo a Dios en su amor; fuiste glorioso poniéndote en Dios con humildad y confianza, como el que se aleja de Dios es para siempre confundido. La humildad te llenó de felicidad y gloria para siempre.

68. Elías, Profeta de Dios, vivió en tiempos de apostasía; apostasía de los reyes, de los sacerdotes y del pueblo. Creía el Profeta que sólo había quedado él fiel a Dios. Se veía solo confesando y adorando a Dios; pero tenía confianza en la protección del Señor, porque tenía amor. La protección divina le daba fortaleza y ánimo para cumplir cuanto Dios le encomendase; le encendía el corazón para perseverar en su soledad y retiro del Carmelo clamando a Dios en continua oración y llorando la apostasía y los pecados de los reyes, de los sacerdotes y del pueblo. Invocaba a Dios con todo fervor, bendiciendo su santo nombre, ofreciéndose y expiando en la soledad por su pueblo.

De su interior le salía esta frase, que era la manifestación sincera de su vida; *Me abraso de celo por Ti, oh Señor Dios de los ejércitos.* Viviendo en oración y sacrificio en la soledad del Carmelo, sentía dentro de su alma un fuego suave y misterioso, que santamente le quemaba y estimulaba a mayor perfección en súplica y expiación. Era el fuego del amor de Dios. El Señor, en secreta y callada comu-

nicación, ponía en su alma luz de la verdad y grandeza del mismo Dios y de la importancia de las almas criadas para el cielo. Esta luz le enseñaba y movía a suplicar misericordia y a ofrecerse en desagravio. Alma misionera y celosa, ardía en la llama de la oración silenciosa y profunda. Alma santa y de rectitud heróica, vivía toda de Dios y para Dios.

69. Su vida me habla y me enseña admirablemente. Porque esta misma vida suya es para la que Dios me ha llamado y yo he abrazado. ¡Qué grande fue su misión y qué delicada fidelidad mostró al Señor! ¿No le puedo imitar yo en esta vida? ¿No me le pone el Señor como modelo de recogimiento, pobreza, oración y sacrificio? ¿Quién más santamente celoso que él?

Porque vive para Dios, su expresión continua es la de *vive el Señor en cuya presencia estoy*. En lo que tengo que imitarle no es en las embajadas difíciles que, mandado por el Señor, tuvo que realizar, sino en la vida ordinaria de la continua presencia de Dios. Esta íntima presencia de Dios, tan íntima y continua en él, ha de ser igualmente íntima y continua en mi vida de religioso.

La presencia amorosa de Dios, el vivir en Dios, le daba fortaleza para vencer todos los obstáculos y sobreponerse a todos los temores. Acab le ha sentenciado a muerte y se presenta delante del mismo Acab para notificarle el mensaje divino, que era de castigo, y empieza diciendo: *Vive el Señor en cuya presencia estoy.*

Era el hmbre de Dios y el Profeta de fuego, fuego de amor y fuego material.

70. También el desaliento humano contristó su corazón. Tuvo miedo al poder del rey airado y huye a refugiarse en Dios mismo. Porque en Dios se refugió en callada oración en el silencio del monte Horeb. Dios le fortaleció en aquella soledad con una comunicación altísima.

Pero era el hombre de la confianza en Dios y de los prodigios de Dios. Parece que el Señor se complace en obedecer a Elías. Manda en nombre de Dios a los elementos y los elementos le obedecen. A su mandato baja fuego del cielo a la vista de todos para quemar el sacrificio; a su mandato baja una y otra vez fuego del cielo y quema a los hombres, que vienen a prenderle; el fuego le obedece y cumple milagrosamente su mandato.

Confiaba en Dios y parece tenía Dios complacencia en obedecerle, porque él vivía todo para Dios, para dar honra y gloria a Dios. *Si soy hombre de Dios*, decía; porque era hombre de Dios, era el hombre del amor y de la oración. Su vivienda continua era la soledad, la pobreza de la soledad, el silencio y el sacrificio de la soledad. Dios era su compañía. Vivía pensando en Dios, abrasándose en el amor de la gloria de Dios. Dios era su morada. Porque el alma totalmente ofrecida al amor, todo lo puede; Dios parece complacerse en obedecer al alma, que se le ha entregado y vive en El. Los elementos obedecían a Elías.

Esta misma misión me encomienda el Señor a mí en el convento: que yo le ame; que me cuide con

oración y penitencia de que todos le amen. Encerrado en mi convento, saliendo sólo para lo que el Señor me mande por la obediencia, viva en Dios y Dios será mi vida y mi confianza.

¡Oh santo y admirable Profeta del Señor! Dios te visitó en tu recogimiento y retiro del monte Horeb, y con su visita quedaste tan abrasado y transformado en su amor que no sabías ya vivir para los hombres, sino sólo para Dios. El Señor te hizo luz suya, pero siempre cuidaste de buscarle y acompañarle con fidelidad. Enséñame, Dios mío, y dame fortaleza para que yo sin desmayo ni interrupción te busque.

71. Pero mi perfecto modelo para cuidar del amor de Dios es mi Madre la Virgen. Pues es mi Madre y me glorío en darla este nombre justo es aprenda de ella.

La Virgen cuidó de la honra de Dios como ninguna pura criatura lo ha hecho. Lo primero que la historia nos dice de su vida, es que fue presentada en el templo para vivir allí al servicio de Dios y en el amor de Dios. Se encerró y pudiéramos decir hizo allí una nueva consagración de sí misma a Dios en el aislamiento y silencio de todas las cosas, apartada de sus padres y bienes, para vivir más pura e intensamente para Dios. *Fue como la primera monja, ejemplar y prototipo de todas las monjas consagradas y clausuradas, que huyen del mundo para vivir sólo para Dios y en expiación y oración por los pecados del mundo y salvación de todos los hombres. Empezaba a ser la iglesia que ora y expía.* En el templo vivió en altísima oración, muy metida en

Dios, desligada de los intereses terrenos, ocupada toda en el servicio de Dios, ejercitando las virtudes de silencio, humildad y caridad con las demás jóvenes allí ofrecidas.

Más tarde, en su juventud, cuando ha tenido que dejar el templo, vive allá en un pueblecito pequeño, desconocido; vive pobremente, en una casa pobre, recogida toda hacia Dios, en mansedumbre y dulzura con el prójimo, sin dejar su oración y su obligación. Porque la Virgen no tuvo criadas; como pobre, tenía que hacer su casita y su comida para Jesús y San José y buscar la leña para la lumbre y el agua de la fuente para beber. Vivía contentísima en estar ofrecida a Dios en pobreza. En su humildad, procuró desaparecer para que sólo apareciese la obra de Dios y la vida de Dios.

72. ¿Dónde se ha amado a Dios y al prójimo como en la casita pobre y humilde de Nazaret? Todos cuantos allí vivían: San José, la Virgen, Jesús, estaban ofrecidos a Dios, vivían la vida de Dios por la gracia, el amor y la oración; vivían ofrecidos por la expiación por los pecados de los hombres. Allí se ofrecían para que Dios fuese amado de todos y todas las almas se salvasen. Ni envidiaba la Virgen ni envidiaba San José el esplendor social y lucimiento de las demás personas. Todo su amor y todo su contento estaban encerrados en Jesús-Dios.

La Virgen, mi Madre, era la obra predilecta de Dios. Todo el amor de la creación entera no se podía comparar con el de la Virgen, y todo el inmenso amor de la Virgen era para Dios, sin que las

criaturas pudieran robarla o torcerla ni el más mínimo afecto.

La Virgen amaba con amor de sierva —allí la colocaba su humildad—, y también con amor y confianza de hija. Era ella *la amada del Señor* por excelencia. Dios grabó en el alma de la Virgen su imagen tan perfectísimamente y de modo tan singular como no lo ha hecho en ninguna otra pura criatura.

La Virgen vivía recogida y dichosa en el ejercicio de este divino amor. Amaba a Dios y pedía para que todos le amasen. Como en el principio de la creación angélica el Arcángel San Miguel, también ella miró a Dios en amor de reconocimiento, de agradecimiento y de entrega y exclamó: *¿Quién como Dios?* Cuando la Virgen habla, en las poquísimas palabras que de ella nos han llegado, alaba y ama al Señor: *Engrandece, alma mía, a Dios y mi espíritu está transportado de gozo en el Dios Salvador mío, porque ha hecho en mí cosas grandes aquel que es todopoderoso.* ¡Qué soberanamente cuidó Ella de la honra de Dios amando y viviendo en humildad y recogimiento, y me enseña que a imitación suya la cuide yo!

¡Cómo deseáis, Dios mío, grabar también en mi alma vuestra imagen! Si yo no estorbase la acción de vuestro infinito amor en mi alma, ya habríais obrado en mí maravillas de amor; seríais ya la vida de mi alma por la gracia, y vuestro amor habría tomado posesión de mi ser informando sobrenaturalmente todas mis acciones y enseñándome a ejercitar el amor hasta en los momentos de reposo.

73. Me sorprende y admira lo que realizasteis con mi Santa Madre. Arrancando el clavo de vuestra propia mano, se lo pusísteis en las suyas diciéndola que, *en adelante, como verdadera Esposa vuestra, cuidase de vuestra honra*; como Esposo de infinito amor, confiasteis en ella, y Santa Teresa, mujer y enferma y monja de clausura y bajo obediencia, armada y fortalecida con la oración y penitencia del clavo recibido en arras, cuidó maravillosamente de tu honra y continúa cuidando y encendiendo almas en amor, por sí misma y por sus Hijas las Carmelitas. Fue esposa fiel que correspondió a tu confianza y es mi Madre.

Santa Teresa amó, sufrió y se ofreció. Obraba movida del divino amor y siempre llevaba tu imagen grabada en lo íntimo de su alma. Nada era capaz de apartarla de tu divina caridad.

74. Muchísimos religiosos y religiosas, de los que han profesado y vivido mi misma regla y mi misma vida, vivieron llenos de recogimiento y de amor y sintieron tu continua presencia y los impulsos ardorosos de tu amor. Durante el sueño, el amor despertaba a cada instante al Venerable Domingo de Jesús María para que hiciese nuevos actos de más ardiente amor y desahogase su corazón en afectos. A tanto había llegado la llama de su amor divino, que parecía había cambiado hasta la flaqueza de la condición humana. A este mismo amor y presencia han llegado muchas almas delicadamente fieles.

Estas almas eran ya almas de fuego, *ofrecidas totalmente a la verdad del amor*, triunfadoras del

mundo, de las curiosidades y de todo regalo; muertas a sí mismas en lo exterior y en lo interior por la práctica de todos los renunciamientos, hasta de los gustosos afectos sensibles de la oración.

Porque tan perfectamente habían muerto a sí mismas, Dios les comunicaba muy largamente de su vida y de los regalos, que tiene preparados para los que se le entregan y en El se esconden y en El viven. Porque siempre eres, oh Dios mío, inefablemente suave para los que de verdad viven en Ti.

¿Cuándo podré yo decirte, satisfecho: *Padre, te he clarificado con la gloria que de mí quieres?* No es ciertamente gloria de mundo ni de renombre; es tu misma gloria y tu divino silencio en holocausto perfecto.

75. La Virgen clarificó al Señor en el recogido y amoroso silencio. En su retiro y vida escondida, pero de amor y ofrecimiento, *era la Reina de los Apóstoles.* No vivía inactiva. En su ocupación humildísima, era el centro de vida y de fuerzas de espíritu de los Apóstoles. Por su mediación, recibían ellos la gracia, el espíritu y la perseverancia para cumplir su apostolado, y los hombres recibían la gracia y la eficacia de la conversión. ¡De este modo tan eficaz influyó la Virgen en la conversión de las almas y en la santificación de los santos! Y siempre estabas, Madre bendita, callada, escondida en Dios, obrando la obra del amor. De este modo me pides y me enseñas a estar y a vivir en mi convento, que es tu casa, y en tu compañía de madre. ¡Qué perfecto modelo tengo continuamente en ti, para dar gloria a Dios y hacer bien a las almas!

Pero, oh Virgen Santísima, no te pertenecías; eras toda de Dios. Dijiste: *He aquí la esclava del Señor*, no apartando nada de Dios tu mirada para hacer en todo su voluntad; eras de Dios. Tu pequeña y pobre casita de Nazaret, que tú limpiabas y cuidabas, estaba llena de Jesús, y tu alma estaba inefablemente llena de Jesús. Tú desaparecías, para que todo fuera de Dios y para Dios.

Y esto mismo quieres que haga yo en mi vida y en mi convento. El convento está lleno de Jesús, y mi alma debe estar más llena de su presencia y de su amor. Debo tener siempre mi mirada fija y atenta a los ojos de Dios, como la tenía la Virgen; mi afecto y mi amor todo en Dios, unido a las intenciones de Jesús, como el afecto y el amor de la Virgen. Así seré verdadero hijo de la Virgen.

76. ¡Cuánta gloria dio y de qué alta manera glorificó a Dios nuestra Santa Madre Teresa de Jesús! Me trajo a su convento para que, siguiendo los pasos de la Virgen, fuese soldado esforzado del Señor y, viviendo en el inexpugnable castillo de la religión, no sólo luchase para vencerme a mí mismo y llegar a la victoria de la santidad, sino para que, entregado a una vida santa de oración y penitencia y viviendo en recogimiento con Dios, ganara para el cielo y para la santidad las almas de mis prójimos.

En este castillo Dios debe llenarlo todo; Dios está conmigo y me ve; todo debe ser santo e iluminado por la mirada de Dios. Aquí se lucha por defender y extender la honra y el amor de Dios.

La viva y amorosa presencia de Dios en mi alma me iluminará; porque la mirada de Dios es luz

y belleza. Mirándome en Dios, será mi oración continua y continuo mi ofrecimiento de expiación por el sacrificio. Venceré, como venció el Príncipe San Miguel, no saliéndome de Dios, sino entrándome en su misericordia y lleno de humildad y agradecimiento, diciendo: *¿Quién como Dios?* Oh Dios mío, ¿quién como Vos en la omnipotencia, en la bondad, en la sabiduría y en la hermosura? ¿Quién como Vos, todo amor y luz? La humildad pone al alma confiadamente en Dios y la alcanza la victoria.

77. Deseo íntimamente ser humilde. Señor, Tú sabes y ves mi deseo de vivir la humildad, de ser santo, de vivir en Ti y Contigo tu misma vida. Para que sea perfecto me has escogido y llamado y traído aquí, junto a Ti, a tu casa, en compañía de estas almas que se te han ofrecido, desean ser santas y son mis hermanos.

Quiero vivir en mi convento haciéndome cuenta que vivo solo Contigo y para Ti, libre de todo apego terreno, bien sea de regalo ya de disipación; pero Tú conoces mejor que yo mismo mi flaqueza e inconstancia. Soy débil de cuerpo y mucho más débil de voluntad; me falta la firmeza y constancia. No es posible pueda llegar a donde Tú quieres y yo me propuse si no me entro y pongo en Ti con toda humildad y constancia. La humildad recogida, y agradecida, dio el triunfo a los ángeles gloriosos. Hazme humilde para que confíe en Ti, pues nada soy, y pueda, como ellos, triunfar.

Os complacéis, Señor, en las almas humildes y enriquecéis a las limpias y transparentes, que tienen sencillez de ángel y delicadeza en la fidelidad.

¡Qué modelos tan perfectos tengo en mis Santos Fundadores! Toda su doctrina, y mejor toda su vida, me enseña esta verdad.

78. Pero veo con la mayor perfección estas virtudes en mi Madre la Virgen. Ella tan humilde, tan amable, tan sencilla y abnegada, llena toda la vida de mi convento. Ella lo es todo en el Carmelo; porque todo lo dirige a Dios. Vivimos siempre en torno de esta Madre bendita; sus ojos nos miran y nos enseñan; ella nos preside en la oración y en todos los actos, como presidía la oración y las demás acciones de los Apóstoles en el cenáculo, cuando se preparaban para recibir el Espíritu Santo. También los Apóstoles eran débiles y tímidos; no los había aún llenado y fortalecido el Espíritu Santo con sus dones. Aun después que recibieron los dones, no dejaron de ser hombres ni perdieron su temperamento, pero ya eran santos, prudentes e intrépidos. La Virgen lo llenaba todo, lo purificaba todo. Presidía la oración, la ofrecía por las manos de su Hijo Jesús, los alentaba a todos, y Dios, por mediación suya, comunicó sus gracias.

No he de soñar yo con una santidad y una vida de ángel. Debiera serlo, pero es demasiado pobre mi naturaleza; lo que sí puedo y debo vivir es la santidad propia de las almas abnegadas y ofrecidas al Señor. No importa que mi debilidad me obligue a besar a cada paso el polvo de mi flaqueza y ruindad; también me enseñará a ser más humilde y a recurrir más continuamente al Señor y me levantaré fortalecido y animado. *Soy débil, pero todo lo puedo en el que me conforta.* Busco a Dios y Dios

está conmigo y me ayuda; con Dios todo lo puedo. Seré fiel; le amaré como le amaron los Santos, porque confiaron en El; no quiere otra cosa de mí. A pesar de mi debilidad e inconstancia, le amaré; seré todo de Dios.

¿Qué hace el Carmelita y qué hago yo, Carmelita, en mi convento? Mi Angel de la Guarda responderá por mí. Dichoso de mí si recibo la aprobación de Dios.

79. La vida del Carmelita es amar, es expiar, es acompañar a Jesús pobre y ser, como El, víctima orante y expiatoria; forma parte principal de la Iglesia que ora y expía. El religioso escucha de los labios de Jesús: *Bienaventurados los pobres; bienaventurados los hmildes; bienaventurados los limpios de corazón*, y que amoldan su vida a estas enseñanzas. En la cruz y en el sagrario veo a Jesús ofrecido a su Eterno Padre; callado, pero confiado en sus manos, totalmente entregado a su divina voluntad. suplicando, expiando e intercediendo por el mundo entero. Sin ruidos se ofrece, se inmola, suplica; es el amor. Y ante El ¿qué hago yo? ¿Cómo le imito?

Necesito entregar verdadera y eficazmente mi corazón a Dios y tenerle en sus manos. El me lo guardará en su pecho y me hermoseará y santificará. Porque Dios es mi Padre, con toda la verdad y encanto de la gracia; Dios es mi Padre. ¿Qué ilusión puede fantasear mi deseo que se asemeje a esta alteza? Quiero gozarme de nuevo repitiendo las palabras de San Juan: *Mirad que tierno amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamásemos hijos de Dios y lo seamos en efecto.* Pues,

Dios mío y Padre mío, dame tu amor de Padre para que pueda amarte con *amor infinito* de hijo. Soy hijo de Dios si estoy en gracia. Que siempre sea yo para Ti lo que Tú quieres de mí. Que siempre viva en Ti con todo mi amor como Tú vives en mí.

80. Desde el principio del cristianismo, todos los escritores y predicadores santos nos han descrito la vida interior espiritual como lo más hermoso y también lo más necesario. Nuestro Señor Jesucristo nos lo enseñó en el Evangelio al decir de la Magdalena: *Ha escogido la mejor parte.* Y en otra ocasión: *¿De qué le sirve al hombre poseer todo el mundo si pierde su alma?* La Virgen Santísima escogió y vivió esta parte mejor: *La vida de dentro o vida interior.* Pero si siempre ha sido necesario, quizá nunca tan difícil vivirla como en los tiempos modernos.

Porque todas las comodidades y regalos, todos los encantos, atracciones y disipaciones que traen los adelantos modernos, tan inmensos y sorprendentes, subyugan los sentidos y la imaginación y arrastran a esta pobre naturaleza a volcarse hacia fuera, hacia los jardines de los sentidos y del gusto, sin levantar la mirada y recuerdo al Criador de todo y de mucho más que aún no conocemos, dejando vacío el interior y no queriendo ni aun recordar el trato y vida con Dios.

Esta tentación llega también a todos los conventos, y canta su canto de sirena en el corazón de los sacerdotes y religiosos para adormecerlos en la vida espiritual de oración, recogimiento y penitencia, mirando como anticuadas muchas disposiciones del

Evangelio; y excusándonos con razones verdaderas, pero mal aplicadas, diciendo que es necesario hacer bien a los hombres e intensificar el apostolado, y nos volvemos a las criaturas y nos apegamos a las cosas y a los intereses y a la disipación con los hombres, haciéndonos de tierra y desestimando las virtudes y la pobreza y olvidando la vida interior, esquivando el trato con Dios y desconociendo que es Dios quien, por sus santos, convierte las almas.

Sé muy bien yo, como sabemos los religiosos que éstos son pretextos para engañarme a mí y engañar a los hombres, pero que no pueden engañarte a Ti, oh Verdad infinita e inmutable, ni pueden cambiar tus enseñanzas y mandatos.

Sé además, y así lo leo, que la eficacia y fecundidad del apostolado viene por la vida interior, por las virtudes firmes y el desinterés, por la oración y expiación. De este modo convirtieron los apóstoles al mundo. No basta la Iglesia docente, es necesaria también la Iglesia que ora y expía, y las dos deben estar juntas y unidas, como no basta la Iglesia que ora y expía sólo. Los apóstoles reunían las dos Iglesias. Y cuando los solitarios oraban y expiaban, los evangelizadores eran santos, elocuentes y penitentes.

No entró el mundo ni lo mundano en los apóstoles ni en los santos, porque el mundo siempre ha sido mundo o mundano. Los apóstoles y los santos con sus virtudes, fortaleciéndose e inmunizándose con su vida, oración y penitencia y alcanzando con ellas la gracia de la predicación y de la conversión, sembraron en el mundo y pudieron con la gracia divina ablandar y convertir al mundo. Hermosa y prác-

tica es la comparación de los que tienen que tratar con el mundo como los gallos que tienen que picar en los basureros, que recogen sus plumas muy bien para no mancharse. Los apóstoles y los santos vivían para Dios y en la intimidad de Dios.

Lo que verdaderamente hermosea y santifica las almas es la vida interior, y con ella crecen las virtudes y se aprende la ciencia del amor. Donde se ganan las almas para Dios es en el trato con Dios por la vida interior y de penitencia. Por ella una palabra valdrá por ciento. Por la vida interior aprenderé a hermosear por mí mismo, o por los apóstoles activos, las almas de todos los hombres. Las almas buenas se enriquecerán con mayor santidad y las apartadas de Dios con la gracia de la conversión.

Un muy activo y santo misionero, que con encendida palabra atraía maravillosamente a las almas para oírle y hacía cambios sorprendentes en sus corazones, decía: *Todo esto* (de hablar) *es nada sin la vida interior. Lo que importa es la vida interior.* También es necesaria la palabra, pero viva y santa.

81. Lo sé: lo que importa es la vida interior. Si esto es verdad para todos, ¿cómo no lo será para mí, que la he escogido y la he abrazado al hacer mi profesión en esta orden bendita? Esta es mi primera obligación; esto tengo yo que hacer: estar con Dios, tratar con Dios, escuchar a Dios y forzar amorosamente a Dios. Esto es beber las aguas puras en su manantial y saciar la sed que me disteis. Yo no tengo disculpa alguna para dejar de hacerlo.

Sois vos, Dios mío, la fuente viva que da vida

eterna y comunica dulzura y gozo de cielo. Tengo sed de Vos.

Sois Vos la fuente abundosa que ha de regar todo el mundo y llegar a todas las gentes, para convertirlo en huerto sellado y jardín amenísimo vuestro.

Sólo Vos podéis saber a cielo y a vida eterna. Todos los demás sabores son de tierra. Tengo sed de Vos. Dadme de esta agua, que me tenéis prometida: agua de amor vuestro; agua de deseos de Vos, de ofrecerme a Vos; de ansias de estar junto a Vos y miraros y escucharos; ansias de mi entrega total a Vos. Esto he venido a buscar al convento. ¡Oh si del todo ya me entregase! ¡Si no pusiese ningún obstáculo a vuestra obra en mí! ¡Qué maravillas obraríais en mi alma! ¡Me hermosearíais y enriqueceríais como hermoseaste a la Virgen por estar siempre atenta a su interior, en la pobre casita de Nazaret como junto a la Cruz o en el cenáculo!

82. Cuando todos te ofendían en lo alto del Gólgota, poniéndote ignominiosamente en la cruz, ¿qué hacían aquellas tres mujeres, María Cleofé, María Magdalena y tu Madre? Cuando tus mismos discípulos te han abandonado, ¿qué hacían acompañándote aquellas tres mujeres? No están gozando de las delicias y regalos interiores, como San Pedro en el Tabor; no están aclamadas por las muchedumbres como cuando hacías milagros, pero están abrazadas a tu cruz, tienen los ojos fijos en los tuyos, besan amorosas tus sagrados y ensagrentados pies, se tiñen en tu sangre redentora que redime al mundo; se te unen y abrazan tu deshonra ante los hombres.

Están amándote; te miran y ofrecen todo su amor en silencio, hechas un holocausto Contigo. No quieren nada para sí mismas. Viven toda la intensidad de su vida para Ti. Rodeadas de gente, están en soberana soledad de amor Contigo.

Tus ojos las miraron. Tu corazón las amó con amor infinito y las llenaste de tu gracia, porque te acompañaban. Encuentras en ellas consuelo.

Oh Dios mío, también yo quiero amarte y estar con los ojos fijos en Ti. Que mi corazón se recoja en Ti y te mire y te ame abrazado a la cruz. Entonces tus labios o tus ojos me enseñarán a derramar mi sangre por Ti, a mezclarla con la tuya en amor, a vivir tu vida, que es la vida de mi alma; me meterás más adentro, *en la espesura* donde se aprenden los tesoros encerrados en el padecer, o te pediré recogido como se pide en el Carmelo:

méteme ya en la espesura
del misterio de la cruz;
ilumina allí mi alma
con los rayos de tu luz.

83. El misterio de la cruz y los inefables tesoros en ella encerrados sólo los conoce y enseña el amor. El amor fortalece y enseña a ofrecerse siempre, en consuelo o en sequedad, en confianza ciega o en total abandono. El amor enseña y estimula a amar siempre más.

El alma que ama conoce sobre lo que pueden enseñar los hombres, porque ama y sabe que es amada de Dios; porque se entrega a Dios como lo hará en el cielo y participa por la gracia de la vida de

Dios y sabe con la certeza de la fe que Dios está en ella amándola con infinito amor. Para quien ama, es la vida interior todo un cielo, aunque todavía en esperanza. Es la vida eterna empezada.

Así quieres, Señor, que yo te clarifique y te dé esta gloria. Que realice la obra más grande que puede realizar la criatura. ¡Oh si viviera ya totalmente olvidado de mí y de mis cuidados para ocuparme solamente de Ti, habrías tomado mi corazón para meterle en el tuyo como en un horno de amor y le habrías comunicado tu misma vida!

¿Qué debo hacer yo en mi convento? Amar a Dios y ofrecerme a El por todos los que no le aman para que le amen; ofrecerme para que sean santos los que se le han consagrado y sus apóstoles; ofrecerme a Jesús junto a su cruz, mirándole y no apartando mis ojos de los suyos, y suplicando al Señor me dé estas aguas vivas y saciadoras e inunde a todos los hombres. *Ser la Iglesia que ora y expía.*

Dame, Dios mío, tu amor, que es el agua viva, para que sepa amarte y cada día te ame más y sienta mayor sed de amor. Entonces seré perfecto, porque tu amor me llenará de virtudes; sólo pensaré en Ti y te desearé a Ti solo y podré decirte como lo deseo: de verdad soy tuyo, totalmente tuyo; no me pertenezco. Esto es la santidad. Y tú, oh Señor, serás mío y para mí. Toda la eternidad seré ya tuyo, y tú me darás posesión de Ti mismo y de toda tu gloria y serás mi Dios de infinito amor, glorioso, feliz y glorificador.

SEXTA LECTURA - MEDITACION

(Primera del día tercero)

La oración.—La oración que Dios enseña.—Es el medio imprescindible para llegar a la perfección a que Jesús me ha llamado

84. Dios es mi Padre. Dios me ha mostrado más tierno amor de Padre trayéndome a vivir a su casa, a comer en su mesa, a que siempre le acompañe y esté delante de El amándole y sintiendo lo inmenso de su amor. ¡Dios mío, cuánto me amáis y con cuánta delicadeza deseáis hermosear mi alma y llenármela de vuesttro amor! ¡Qué confianza ponéis en mi alma y qué intensa determinación en mi voluntad para que siempre os ame y nunca quiera apartarme de Vos! De modo inefable y superior al conocimiento humano ensancháis mi espíritu en amor a Vos. Soy vuestro y quiero serlo siempre.

Los días de retiro y recogimiento, para los que os aman, no son días de intranquilidad y tristeza, sino de intimidad y alegría.

El amor es gozosa ansiedad y alegría por darse

perfectamente y recibir. Los días de recogimiento con Dios son para estar sólo y continuamente en el ejercicio de amor a Dios, sabiendo que es amado de Dios; es darse a Dios y recibir de Dios. Doy a Dios mi pobre tierra y mi nada y Dios me da a mí participación de sus perfecciones y su hermoso cielo. Estos días son los de mayor y más delicada alegría, los de mayor intimidad y ansiedad en paz y en confianza. El retiro y recogimiento es tiempo de intimidad amorosa con Dios.

Quiero, Dios mío, hacer en estos días lo que debiera hacer todos los días: ofrecerme totalmente a Vos; vivir más intensamente vuestro amor; sentarme junto a Vos como junto a mi Padre y, con los ojos de mi alma fijos en vuestra mirada, escuchar, aprender y amar. Porque vuestra mirada es luz, sabiduría y santidad que ilumina, hermosea y enriquece el alma, como embellece e ilumina a los ángeles y viste de luz el cielo, pero sin gozar aún de los rayos de la gloria. Dios mío, enseñadme y amadme. Pero ¿qué podré yo daros? ¿Qué queréis de mí? Dadme vuestro amor y con el amor me enseñaréis.

85. Los días de retiro y recogimiento son los más propios para llamar insistente y amorosamente a las puertas de mi Padre celestial, para que me las abra y visite mi alma con su divina iluminación; son también los días más propios para abrir yo las puertas de mi alma a mi Dios y mostrarle cuanto hay en mí, para que sane mis males e imperfecciones, para que tome total posesión de todo y me la convierta toda en riqueza de cielo. Llamo yo, Dios mío, a vuestras puertas, pero cuánto más habéis llamado Vos

a las mías y me habéis esperado pacientemente con paciencia infinita, como es infinito vuestro amor.

Dios, mi Padre amorisísimo me ama. Dios me llama y me espera. Lleno de admiración le digo con nuestro poeta:

> ¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
> ¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
> Que a mi puerta, cubierto de rocío,
> Pasas las noches del invierno oscuras?
> ¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras,
> Pues no te abrí!

Estos sentimientos, que tan perfectamente expresan los míos, tienen su fundamento ya en *El Cantar de los Cantares* expresando una realidad espiritual. Muchos poetas de todos los tiempos los han parafraseado espiritualmente con belleza delicadísima. Jesús, mi Jesús y mi Dios, me busca; llama a mi alma sufriendo la intemperie y escarcha de la noche de mi frialdad. ¿Para qué me buscáis, Señor? ¿Qué puedo yo daros o en qué me necesitáis? Me buscáis no para que yo os dé a Vos, sino para darme Vos a mí y daros Vos mismo a mí si yo os admito. Llamáis para enriquecerme, para llenarme de Vos mismo. Ya sé que Vos sois mi riqueza y mi amor; pero como todavía no he puesto bien mi corazón en Vos, no siento la necesidad de esa hermosura, riqueza y amor vuestro.

86. Señor, pues eres Dios de infinito amor y Padre nuestro amantísimo, ¿por qué os tendremos tan-

to miedo? Ciertamente Dios debe ser terroríficamente temible para sus enemigos; pero Dios no es enemigo nada más que de quien se le declara enemigo. Es enemigo de Dios el que voluntariamente está en pecado mortal. Pero Dios es inefable e inimaginablemente amoroso y bueno para cuantos le buscan y se le entregan. Nunca recibirá engaño el que diga de corazón: *En tus manos pongo* confiado y seguro *mi alma.*

Aun para el mismo pecador es Dios de amor y misericordia, no sólo como condonador de las deudas del arrepentido o como sumamente paciente esperando el arrepentimiento, sino como Padre misericordioso en el mismo castigo de las ofensas, como nos dice el Doctor Angélico, aun cuando nosotros no lo comprendamos con esta pobre luz que nos ilumina en la tierra. Pues Dios siempre es Criador y aun cuando Juez no deja de ser Padre, y son obra suya todos los seres. ¿Qué importa que yo, en mi cortedad, no lo comprenda, si lo sé?

No quiero, Padre mío, teneros miedo, sino amor. Vos infinito en toda perfección y yo un átomo de nada, pero vuestro, y en mi insignificancia me habéis llamado y me continuáis llamando para que os ame y porque me amáis. Vuestro llamamiento de Padre amoroso es para hacerme santo, para darme la santidad si yo quiero recibirla y coopero a este llamamiento. Y la santidad consiste en amaros con todo el corazón y con todas las fuerzas correspondiendo de este modo al amor inmensamente mayor que Vos me tenéis; la santidad es ponerme en vuestras manos para que me deshagáis de mi miseria y

ruindad y me revistáis de vuestra misma hermosura y grandeza.

Si Jesús me ha llamado para ser santo, yo quiero serlo, a esto he venido, ¿no llegaré a conseguirlo? ¿Quién podrá impedírmelo si yo estoy en las omnipotentes manos de Dios? *El amor echa fuera todo temor.* El que ama, está lleno de confianza en su Dios. Como un niño que, si tiene miedo, se agarra a su madre y se tiene por seguro en los brazos de su padre, así quiero yo estar en los tuyos, Dios mío.

No en los brazos de una criatura, aun cuando sea muy amable y poderosa, sino en los vuestros de infinito poder, me pongo y me refugio yo. También yo seré para Vos, como el niño para la madre, carga muy dulce, porque mucho me amáis. ¿Quién puede oponérseme de modo que me impida llegar a la perfección, si Vos lo queréis y yo también lo quiero y confío en Vos? ¿Quién será poderoso para arrancarme de vuestros brazos? El demonio sólo puede rugir alrededor mío, pero no puede llegar a vuestros brazos ni dañar al alma vestida de vuestro invulnerable amor, mientras ella no quiera despojarse de ese hermosísimo vestido.

87. Todo el que quiere ser santo llega a serlo. Dios a nadie se lo estorba, antes a todos sobrenaturaliza con su gracia para que venzan cuantas dificultades sobrevengan. Con más amor y más intensidad da su gracia a cuantos El mismo misericordiosamente ha llamado y escogido para que seamos santos, como lo ha hecho conmigo. Con la ayuda de su gracia se viven las virtudes y florecen hermosas

en el alma y el alma se entrega a la oración que es entregarse a su amor y *ofrecerse por sierva del amor.*

La oración es lo más hermoso y más santo, porque es ejercicio y crecimiento de amor de Dios; porque fortalece el espíritu para vencer todos los obstáculos y para adquirir las virtudes. El religioso y toda alma santa que aspira a subir al monte Carmelo ha de ser alma de oración. Si yo no soy alma de oración, aun cuando lleve vestido el hábito no soy religioso de la Orden de la Virgen. La vida del religioso y de toda alma que dice quiere ser perfecta, es la oración. Pero por nuestra ruindad y miseria se nos hace la oración, con demasiada frecuencia, el tormento más pesado de la vida, señal de que nos falta el verdadero amor y la verdadera entrega.

Si la oración es lo más hermoso y santo, muy justo es que también sea lo más costoso de alcanzar. Como *la oración es la puerta de todo bien,* será esa puerta terriblemente combatida por los enemigos del alma y de la santidad. Si la oración produce en el alma que ya la ha conseguido los frutos más íntimos y regalados, corresponde se pasen los ratos más amargos por conseguirla. Dios mío, enseñadme a hacer oración. Dadme vuestro amor.

88. ¡Cuánto he deseado y añorado la oración! ¡Cuánto la desean todas las almas fervorosas! Desde el momento en que se siente la vocación y se determina un alma a ser mejor, lee en todos los libros y la aconsejan todos los confesores que se dé a la oración, que sea alma de oración, que nada podrá conseguir sin la oración. Enseñando todos esta ver-

dad, no hacen otra cosa que repetir lo que Nuestro Señor me enseña en su Evangelio.

Al entrar en la religión, me decía lleno de contento: *Ahora ya seré alma de oración* y con ella practicaré las virtudes con toda fidelidad. Todas sus bellezas y encantos de cielo pasaron halagadores por mi mente. Me parecía que desentendiéndome de todo, tendría ya una oración muy recogida, muy fervorosa, muy íntima y atenta a Dios; me sentiría muy metida en Dios; sería en adelante como un ángel orante en la tierra, un ángel encendido en amor divino que se ofrece a Dios y recibe la santificadora mirada de Dios. Ya sabría expiar y sufrir.

La experiencia me ha enseñado que para muchos religiosos y religiosas, y muchas almas fervorosas, la oración es el tormento más fuerte de la vida espiritual; es el horno donde Dios mete al alma para allí quemarla hasta deshacerla de todo lo terreno y material y para prepararla para la vida espiritual y santa y fundirla para transformarla en su divina imagen hermosísima y viva.

¿No es también para mí costosa y difícil la oración? ¿No es aún para mí como tormento del cual huyo si fácilmente y con la menor disculpa puedo? ¿Busco con ansia la oración, tener ratos de oración, los ratos que me determina mi regla y otros muchos de superoración? El que ama, busca a quien ama y gusta de estar en su compañía. El que ama, busca amar más y mostrar que ama y vivir el amor. Si yo os amo, Dios mío, no huiré de Vos, sino os buscaré y gustaré de estar con Vos aun cuando no sepa deciros nada. Mi gusto será miraros y escucharos.

89. Si la oración es, en ciertas épocas, tormento del alma, con el cual el Señor la purifica y prepara para más altas luces y bellezas, se convierte en otras épocas en gloria y exultación gozosa del mismo alma y Dios la comunica la más perfecta victoria y más regalado amor.

Porque la oración es amar, es actualidad de amor y ejercicio de amor, y nada hay tan grande ni tan delicioso en la tierra como el sazonado fruto del amor actual de Dios; nada puede compararse con el gozo y riqueza de este divino amor. El mismo cielo y la gloria feliz que esperamos, es ejercicio de amor e inefable actividad y actualidad de divino amor en sumo gozo y felicidad producidos por la continua visión de la esencia divina.

La oración es estar presente a Dios y Dios presente en el alma en mutuo amor y continua donación y ofrecimiento. No es sólo hablar o prestar atención a un ausente; es presencia amorosa. Dios está presente en mi alma y yo le miro envolviéndome en el atributo de su inmensidad y hermoseándome con sus perfecciones; es mi Padre amantísimo. Yo estoy en Dios y lleno de Dios y como empapado en Dios infinito. El que crea y gobierna los mundos está perfectísimo, infinito, todo en mí. Como ser simplicísimo y que no puede dividirse está todo donde está. Dios no necesita de las criaturas, porque está en sí mismo; pero cuando crea los seres está todo en todos y está todo en mí, amándome, si yo le amo, porque en todos los seres Dios es el centro de la creación y desde cada uno de ellos crea, conserva y gobierna los mundos y está infinito en todas las perfecciones en Sí mismo.

Dios está en mí amándome y quiere tratar conmigo de amor y que yo trate de amor con El. Vos, Dios mío, amor infinito, a mí, átomo de nada criado por Vos, me vais a hablar de amor, me vais a comunicar vuestro mismo amor y vuestras mismas perfecciones con la intensidad que yo quiera. Yo estoy aquí, en mi nada, porque os amo, y si mis labios no saben decirlo ni razonarlo mi inteligencia, mi presencia os dice la sed que tengo de amaros más y de ser más perfectamente vuestro. Como no sé ni decirlo ni aun sentirlo, me presento ante Vos y sé que estoy en Vos amándoos y siendo amado de Vos. Vos sois para mí todo el mundo y todas mis aspiraciones. Estoy en Vos, empapado en Vos y envuelto en vuestra luz invisible, pero infinita. Vuestro amor es mi amor, pues sé que me le dais. Aun cuando me sienta seco e insensible, sé que estáis transpasando mi alma y llenándomela de Vos mismo, de vuestra vida, de vuestro amor. ¿Puedo soñar nada más grande, nada más alto para mí ni nada más provechoso? Sé que esto que ahora no siento, pero estoy viviendo, será mi gloria y felicidad eterna. Este mismo Dios me dará su gloria.

La esponja está empapada en el agua y se la ve flotar en el agua. Dios mío, ¿por qué estando yo en Vos y lleno de Vos no me miraré en Vos?

90. La oración es dejarme amar de Dios, dejarme llenar de Dios y estar recibiendo vida de Dios comunicada por el mismo Dios. No importa que esto se haga en suma sequedad y oscuridad por parte del alma. No importa que no se me ocurra ni un pensamiento determinado, ni se me ocurra en ese

momento qué pedir o por quién suplicar y qué dar a Dios. Dios lo sabe todo. Vos veis, Señor mío, que os miro con mi alma y en mi mirada os lo digo todo; Vos veis que vengo a entregarme todo, que vengo a amaros, a recibir vuestro amor, a esperaros. Una tinaja vacía no hace nada; espera que la llenen; está quieta para que la llenen, y cuanto más grande sea y esté más quieta, recibirá más sin desperdiciar nada. Llenadme y que yo me esté quieto mirándoos, esperándoos, ofrecido y amoroso.

Sé yo con toda la certeza, con la certeza inequívoca de la fe, que Vos estáis en mí; que en este silencio y en esta oscuridad y en esta aridez Vos estáis en mí y estáis obrando vuestra obra, que es llenarme de Vos; estáis grabando en mi alma y comunicándome vuestra hermosísima imagen de luz, y vuestra misma vida y amor con sus perfecciones innumerables.

En mi oración no estoy en el cielo, donde están los bienaventurados y los ángeles amándoos saturados de felicidad y dicha, pero en cierto sentido estoy en el cielo, más que en el cielo local, porque estoy en el mismo Dios amándole y Dios está en mí amándome con amor secreto, pero real; Dios está dándoseme y llenándome de Sí mismo. ¡Oh Dios y Padre mío amantísimo, bendito seáis por tan alta merced, aun cuando no la siento! La oración es una riqueza y hermosura sin igual. ¿Por qué me costará aún tanto la oración? ¿Por qué no acudiré a la oración y perseveraré con el ansia del sediento, callado, quieto, atento, solo con Dios, bebiendo de Dios, amando y dejándome amar de Dios?

La fe me enseña, Dios mío, que no puedo en la

tierra comprenderos ni imaginaros, pero que estáis en mí y me estáis llenando de Vos mismo en la oración. Como en la oración se comunica especialmente Dios al alma, también en la oración siembra y hace florecer las virtudes en el alma y las hace crecer cuanto el alma permite según la fidelidad que observe. Si yo no os pusiera ningún impedimento, si yo me dejara muerto y bien muerto a mi amor propio en vuestras manos y os dejara obrar en mí como dueño absoluto, ¡qué maravillas de amor y de virtudes y cuánta riqueza de gracia habríais ya puesto en mí! Soy yo el culpable de no estar hermoseado con tanta belleza y enriquecido con tan inefables bienes, porque no hago cuanto está de mi parte para hacer bien la oración ni guardo la fidelidad de las obras durante el día; porque no me pongo bien unido con Vos en soledad de todas las cosas y en vacío de mis propias apetencias.

Si no veo aún crecidas las virtudes en mi alma, si no me veo desprendido y recogido, si no estimo la pobreza y el menosprecio ni florece la mansedumbre y caridad, es señal muy cierta de que mi oración no es tampoco íntima ni de abnegado amor; de que no me pongo del todo en Dios, aun cuando al exterior pase mis ratos recogido como los demás. ¿Hasta cuándo permaneceré sin determinarme?

Alma mía, adéntrate y escóndete en tu Dios y Señor. Húndete en el seno de tu Padre amorosísimo, que es hundirte en el amor y en la hermosura para llenarte de la vida de Dios y vivir ya perfectas las virtudes.

91. Mi Santa Madre Teresa me enseña que la mejor oración no es la que produce más afecto, sino la que deja más deseos y fuerzas para practicar mejor las virtudes. De ella son estas hermosas palabras: «El caso es que en estas cosas interiores de espíritu, la que más acepta y acertada es, es la que deja mejores deseos; no digo luego al presente muchos deseos, que en esto, aunque es bueno, a las veces no son como lo pinta nuestro amor propio. Llamo dejos confirmados con obras, y que los deseos que tiene de la honra de Dios se parezcan en mirar por ella muy de veras, y emplear su memoria y entendimiento en cómo le agradar y mostrar más el amor que le tiene.

Oh, que ésta es la verdadera oración, y no unos gustos para nuestro gusto no más; y cuando se ofrece lo que he dicho, mucha flojedad y temores y sentimientos de si hay falta de nuestra estima. Yo no desearía otra oración sino la que me hiciese crecer las virtudes. Si es con grandes tentaciones, y sequedades y tribulaciones, y esto me dejase más humilde, esto tendría por buena oración. Que no se entiende que no ora el que padece, pues lo está ofreciendo a Dios, y muchas veces más que el está quebrando la cabeza a sus solas y pensará, si ha estrujado algunas lágrimas, que aquello es oración.»

Es mejor la que deja mejores dejos en mi alma: más humildad, más caridad, más recogimiento, más pobreza y rendimiento a la voluntad de Dios. Porque es la señal de que Dios ha puesto más fortaleza y hermosura de gracia y de amor en el alma; se recibió más de Dios porque estuvo más puesta en El.

92. La oración es amar y ejercicio y desarrollo de amor; es actualidad y actividad de amor. El alma en la oración no está ociosa; vive lo más hermoso y alto de la vida; vive la actividad del amor; se ofrece a Dios, suplica a Dios y abraza la voluntad de Dios en todas sus disposiciones. El amor de Dios está obrando en el alma y poniendo vida de amor divino. Se ama en silencio, callando; más que discurriendo, amando, esperando, atendiendo y ofreciéndose.

Había soñado yo tener, apenas fuera religioso, una oración fervorosa, gustosa; una oración que me deleitara estando con Dios; una oración a mi modo, guiado del buen deseo y de lo que había leído u oído. Pero los libros enseñan el mecanismo de la oración, o sea: las reglas y modos de discurrir, de recogerse, de formar afectos y propósitos. Todo es necesario en los principios; son partes de la oración y que conducen a la oración que pudiera llamar de amor. Porque la oración consiste en el amor y en la entrega a Dios y en recibir a Dios. Debo usar estos medios mientras pueda servirme de ellos; son medios necesarios hasta que el Señor los hace desaparecer para poner el amor, y la oración es desde entonces oración íntima, de Dios, superior a cuanto se pensaba.

Mientras el alma practica estos medios, ve que hace oración, porque discurre, habla con Dios, hace propósitos, siente y expresa sus afectos y ve pasar por su entendimiento las verdades divinas y afectos de amor por su voluntad. Ve que se empuja a sí misma para acercarse más y más a Dios. Es el camino

que conduce a Dios y por el camino que debe ir el alma.

93. Pero llega un momento en que este camino se mete por un bosque intrincado y en una oscuridad que no le deja ya ver. Se acabó el camino por donde iba muy tranquila y animosa. ¿Qué hará el alma aquí sin camino? ¿Hacia dónde se dirigirá y quién la guiará? O según expresa esto mismo de otro modo el Padre Faber, instruyendo: Parécele al alma que ha salido de donde crecía el verdor y la exuberante vegetación y se ha metido en un arenal inmenso, en un desierto abrasador y asolado en el cual no se ve ser viviente ni indicios de agua alguna ni de vegetación. ¿Será que ha terminado la oración para el alma y no quiere el Señor sea alma de oración?

¿No me habíais llamado Vos mismo y puesto junto a Vos para ser alma de oración y de grande vida interior y trato con Vos? ¿Para que estuviera amándoos en silencio?

Alma mía, si te parece estar en el desierto de la aridez y recuerdas con nostalgia los ratos de fervor que tuviste, no te desalientes. Por lo mismo que Dios te ha llamado *para estarle amando en silencio y enseñarte su oración,* quiere ponerte en la oración de silencio, oración más íntima y provechosa, oración no tuya, como la que hasta ahora has tenido, sino oración de Dios.

94. Los libros suelen explicar la oración de discurso, la de afecto y otras varias y los medios para procurar tenerla. Pero ninguno puede dar el amor y

la intimidad y muy pocos se detienen a explicar la oración que San Juan de la Cruz llama de fe y menos propiamente, pero quizá con más claridad, llamaría yo oración de esperanza, porque el alma está esperando la llegada o comunicación de Dios; es oración de silencio, oración de sequedad, pero oración de compañía de Dios, porque sabe el alma que Dios está con ella y ella está en Dios, y al mismo tiempo le está esperando en silencio.

En la oración de discurso y en la afectiva se veía el alma retratada y que todos los consejos y enseñanzas que leía la hacían muy gran provecho, sintiéndolos y viviéndolos ella en sí misma, y se animaba diciéndose: «¡Qué afectos tan amorosos voy a ofrecer a Nuestro Señor! ¡Qué recogida voy a estar con Dios!» Y estaba recogida y hacía los afectos y gustaba de ello y salía tan contenta de su amor a Dios.

Y ahora tiene que decirse: eso que he podido hacer durante un tiempo, ya no puedo, porque no se me ocurre nada, porque ni siento ni puedo discurrir ni aun ofrecerme con amor en nada. Pero esa oración, aunque me la daba Dios, era mía y como mía, aunque me contentaba y era santa, era también pobre y baja y muy imperfecta, y ahora quiere el Señor darme otra oración, que es la suya, oración de Dios, que es amar a lo divino sobre el sentido, en fe, realidad mucho más alta; esta oración es amar con el mismo amor de Dios, amar en mucho silencio, sin ruido de palabras ni aun de afectos, sin poder discurrir, sino mirar y estar en profunda soledad y humilde atención. Dios se imprime en el alma y El mismo es la palabra y la verdad del alma, palabra infinita e incomprensible, pero que llena y

transforma el alma en la luz de Dios. En esta soledad y aridez, en que parece no hace nada, se está llenando el alma, sin sentirlo ni comprenderlo y pensando no hace nada, del mismo Dios; se impregna de esencia divina. Nada hace la tierra cuando cae la lluvia, sino recibirla, y de ese modo se empapa y dispone para la fertilidad y hermosura.

Se va a Dios creyendo su ser y Dios está amorosísima y misteriosamente obrando y transformando el alma.

95. Hago yo de estos distintos modos de oración esta comparación: Imagino a Dios como un inmenso mar sin límite ni fondo: todo mar no de agua, sino de soberana hermosura, de infinito gozo, de altísima sabidura y omnipotencia, como vemos el espacio sin límites donde se mueven la tierra y los astros. Dios es el mar o espacio y la realidad llena y sin límites, de luz y de belleza, de armonía y de gozo. Entra el alma en la oración para llenarse y saturarse en el divino mar y podemos figurarnos se llena como se llenan tres objetos de distinta naturaleza cuando los sumergimos en el agua.

Meto hasta hundirla y cubrirla toda una cantarita de boca estrecha, y rodeada así de agua, pero vacía interiormente, empieza a formar burbujitas en la superficie y clamorear, con lo que al mismo tiempo que arroja de sí el aire se va llenando del líquido en que está sumergida. Cuando ya se llenó toda, cesan las burbujas y el ruido del clamoreo, y ya no tiene otra cosa en lo interior y en lo exterior que el líquido en que está sumergida, quedando quieta

en silencio, sumergida, sin tender a salir como cuando contenía el aire ligero, con el mismo peso, con la misma temperatura y sabor u olor que la del líquido.

Cuando introduzco un trozo de carburo en un líquido, empieza en seguida a hervir y despedir humo y gases y absorbe el líquido con ruido y vapores. Cuando se haya todo empapado, pierde su fuerza y brío y queda quieto y sereno y empapado en el líquido con su misma temperatura.

Cuando miro y toco una esponja sumergida en el agua, está toda rodeada y llena del líquido, serena, sin otro movimiento que el de las aguas donde está, con su misma temperatura y gusto, casi con su mismo color, y como que tiene la vida y el ser y cualidades del mismo líquido. Ni puede recibir más, pues está toda empapada, esponjada, quieta, recibiendo ser de su elemento.

Algo semejante a eso se puede mirar al alma en la oración. Mientras se vacía de sus muchas propiedades viciosas e imperfectas o malas y se llena de Dios, se mueve con ruidos y clamores de palabras, de súplicas, de agradecimientos, de deseos, de propósitos y ofrecimientos. Con santas reflexiones se ayuda a vaciarse de sí misma en lo que tiene de imperfecta y de amor propio desordenado, y en la misma proporción Dios, en quien está sumergida, la va llenando interior y exteriormente de sus perfecciones y haciéndola más espiritual. El alma ve y siente que se despoja y se vacía de sí misma y Dios la va llenando. Es esta oración de clamoreo y de ver las burbujitas que se forman junto a sí; son los afectos, las reflexiones, los propósitos según se va lle-

nando. Pero cuando el alma se llena de Dios queda en silencio divino, pero sin notar si está llena ni poderle sentir y gozar con los sentidos. Está llena y sumergida; sólo lo notará en la perfección con que obra las virtudes, en la delicadeza de conciencia y en el silencio amoroso.

Cuando el alma se pone por la fe en Dios y ya Dios la llena, queda en silencio, inmóvil, no haciendo, al parecer, nada; sólo está recibiendo continuamente lo que Dios sin cesar la infunde y comunica; Dios la está llenando y empapando en sus perfecciones y en su amor. El alma está sumergida en Dios, abrazada y atenta en quietud a Dios; Dios está obrando maravillosamente en el alma y con actividad altísima, pero no sensible ni aun gozosa; la está transformando en amor divino y haciendo amor y hermosura.

El alma está con Dios y tiene a Dios. Dios llena y sobrenaturaliza al alma; la une en amor callado con El.

96. El amor de Dios está sobre todo lo criado. Ninguna criatura ni cuanto la fantasía puede soñar puede no ya compararse con el divino amor, pero ni aun tener noción clara de lo que es. Vale más que todos los mundos y que todos los seres y no hay tesoros con que se pueda comprar. El alma no puede producirle en sí misma; puede y debe pedirle a Dios con humildad y disponerse con la misma virtud a recibirle. En todas las acciones y pensamientos o afectos puede encontrar el amor de Dios, porque Dios en todo se lo ofrece. Sólo Dios es el dueño de su amor y sólo Dios puede dármelo. La mano amorosa

y omnipotente de Dios es la única que puede enriquecer y hermosear mi alma con su amor, y Dios me ha criado para darme esta vida de su amor y hermosearme con él.

Todos mis esfuerzos para conseguir el amor de Dios y todas mis súplicas son necesarios y actos preparatorios para recibirlo. Quiere Dios que los ponga y le pida con humildad; son como el sumergir la cantarita en el agua para que se llene. Dios mío. Tú solo puedes darme tu amor. Yo te suplico, como a Padre amoroso y misericordioso, me des la gracia de tu amor; hermosea mi alma con tu amor. No te pido ni riquezas ni bienes de mundo; no te pido ni honra ni fama. Nada de eso puede compararse con vuestro amor. Tu amor te pido, y con tu amor a Ti mismo. Grabad. Dios mío, vuestra imagen en mi alma y tomad posesión total de ella para que mi alma sea vuestra en todo y os ame con todas las fuerzas. Si os dignáis llenar mi alma de vuestro amor, serán entonces también mis obras de limpieza y de luz de cielo.

97. Sólo Dios puede disponer de su amor y sólo El puede darlo a las almas. Se lo da, de ordinario, a las almas que se preparan y se lo piden. Se lo da al alma de oración y de vida interior y a la que obra bien y ejercita las virtudes. La vida interior, como la oración, es ejercicio de amor y desarrollo de amor; es comunicación continua de amor del alma con Dios y de Dios con el alma, aun cuando el alma todavía no lo sienta, pero Dios está presente en el alma y está llenándola de sùs perfecciones y la habla con su gracia y con su amor al mismo tiempo

que la hermosea; todo muy calladamente. En esta presencia silenciosa y oculta y en esta secreta comunicación de amor, enseña Dios al alma la oración de Dios .Dichosa el alma que recibe de este modo a Dios y aprende, sin saberlo, la oración de Dios. La tal alma está llena de amor, aun cuando se vea a sí misma vacía de todo. Dios mío, dadme vuestro amor; llenadme de vuestra presencia. Empapadme y sumergidme en vuestro amor, en vuestra luz y estad siempre presente en mi recuerdo.

Llamo oración de Dios el acto de estar el alma callada, atenta, ofrecida, mirando a Dios y esperando. En este acto ama en fe callada y oscura, toda puesta en Dios. Dichosa mil veces el alma a quien Dios enseña y, encontrándola fiel, la pone en oración de Dios.

Pero antes ha tenido el alma que vestirse de la fortaleza de la fe para perseverar constante ante el Señor y para despojarse de todo y despojarse de sí misma y deshacerse. ¡Cuántas lágrimas de confusión de desaliento, de impotencia y súplica ha tenido que derramar hasta recibir de Dios este sin igual don de la oración divina! Porque antes de recibirla, el alma se ha visto deshacer y reducir a la nada, totalmente desnuda de todo bien, y no conocía que era la mano de Dios amoroso quien obraba esa obra maravillosa, sino que lloraba porque lo veía como efecto de su infidelidad y de su impotencia, y aun a veces se veía muy lejos de Dios. Lo que importa es clamar a Dios y ponerse en sus brazos confiadamente y con la mayor fidelidad posible, aunque vea seguro que la deshace. Dios mío, si es vuestra mano la que me deshace, bien deshecho estaré y en ello

estará mi ganancia y mi gloria. Pero si Dios me deshace es para formar en mí su imagen y darme sus riquezas; es para transformarme.

98. Esta oración no puede obtenerse sin la humildad. Bien me lo dice mi Santa Madre: *Delante de la Sabiduría infinita... vale más un poco de estudio de hmildad y un acto de ella, que toda la ciencia del mundo.* Vemos que por esto ensalzó tanto Nuestro Señor a la Virgen mi Madre. Necesito ser muy humilde para que el Señor me dé y enseñe su oración y para que me haga alma de oración y con el don de la oración me dé la riqueza de las virtudes. El cimiento de la oración es la humildad.

Cuando durante la oración se sentía el alma recogida y movida de afectos y santas reflexiones para con Dios, estaba muy contenta de sí y de su oración. Oraba largamente y con fruición; se consideraba también, por la misericordia de Dios, humilde, y practicaba la hmildad y otras virtudes con gusto. Pero cuando el Señor le ha despojado de toda frondosidad y vistosidad y la ha puesto en la esterilidad y desconsuelo de la desolación, ve y siente que no puede nada, ni es nada ni sirve para nada. Se desconcierta y se turba a sí misma. No es extraño, porque no ve camino; desapareció el que llevaba y se ve perdida.

Con esto quiere Dios prepararla para la profunda y grande oración, y el alma que se resiste no se deja, porque quisiera continuar discurriendo y formando sus afectos devotos y recogidos y moviéndose ella hacia Dios. Ahora se ve y siente incapacitada. Se asemeja aquí el alma a los niños pequeños

a quienes se dice estén quietos, pero no lo están, casi no pueden; mueven la cabeza, mueven las piernecitas o los brazos, todo menos estar quietos. Alma mía, cierra los ojos a todo y ponte en fe en tu Dios y estáte quieta. No te importe ver que no llevas camino conocido o creer que estás perdiendo tiempo en la oración y sientas deseos de dejarla o acortala. Ya que no puedas pensar ni hablar con Dios, como antes, estáte quieta y atenta, puesta en sus brazos, que El será tu camino y te llevará. Y más vale perder el tiempo con Dios, como crees, que ganarle con el mundo o con los libros y los hombres. Esto sí que es perderlo; harto has perdido ya con ellos. Dios quiere obrar en ti por sí mismo y para obrar El, debes tú estar quieta, atenta, muerta a todo y no hacer otra cosa, al parecer, sino acompañar y esperar a Dios y recibir lo que quiera poner en ti. ¿Te parece poco recibir la enseñanza de Dios, su amor y a El mismo? Mírale, ámale y déjate amar de El. Por no perseverar en esto, dejamos los llamados y consagrados a Dios de conseguir la perfección y santidad de nuestro estado y que Dios quería de nosotros.

El que va quieto en el aereoplano sube y adelanta; alma, permanece quieta, metida en Dios o Dios metido dentro de ti.

99. El que ha de hablar y explicar siempre es el Maestro. Cuando se confía en el discípulo ni se le pregunta la lección. El discípulo escucha, mira, atiende al Maestro fijamente y procura aprender y asimilar cuanto se le enseña y explica.

La oración es la cuesla de Dios. Alma mía, vas

a aprender de tu Dios y a escuchar y mirar a Jesús. Se escucha en silencio y atendiendo cuidadosamente. Dios es quien te va a enseñar. Dios mismo es tu Maestro soberano y no sólo te enseñará su ciencia de amor, sino que se pondrá El mismo real en tu alma y te iluminará y llenará. Alma mía, no quieras tú enseñar a tu Divino Maestro. No quieras ser como los niños entrometidos que no saben y no callan y no pueden aprender. Escucha a este tu Maestro que te llama a su escuela para enseñarte y darte. Escúchale atentamente en profundo silencio; represéntale humilde tu ignorancia e incapacidad más que con reflexiones, presentándote a ti misma. Pero soy tan poco hmilde y confío tan poco en Vos mismo, que si no se me ocurren palabras y reflexiones para manifestaros mis afectos, mis sentimientos y mis pensamientos y deseos, me entristezco, como si no fuera mejor palabra presentarme y miraros que pronunciar palabras, y pienso que no he hecho oración cuando he estado callado esperándoos, acompañándoos o mirándoos. Juzgo que ni siquiera he sabido ni se me ha ocurrido pedir, como si no fuera la mejor petición presentaros mi miseria y mi nada.

¡Cuánto me falta, Dios mío, para ser humilde ante Vos! Digo que pierdo tiempo en esta oración callada y de acompañamiento, que no hago nada, porque no expreso mis razonamientos, que es tanto como decir: hoy no he enseñado a Dios; hoy no he expuesto mis razones a Dios, cuando lo que interesa es estar con Dios y recibir el contacto de Dios y cuanto El quiera poner en mi alma. En la oración

he de estar ofrecido, recibiendo, agradeciendo y viendo que Dios me acompaña.

No soy hmilde. No me determino aún a pasar por discípulo mudo e ignorante y que no sabe ni hablar, ni pensar, ni pedir delante de Dios, ni a estar con la mano extendida para que me dé. Y tampoco tengo la virtud y la confianza para escuchar atentamente a Dios y ponerme y mirarme en El. Bendito seais Vos, que me hacéis palpar mi nada y mi impotencia para que aprenda a ser humilde y me mandáis que acuda a escucharos y a aprender de Vos; que esté más tiempo junto a Vos y os mire en silencio y me deje entregado y ofrecido. ¿Puedo aspirar a tener Maestro mejor que Vos mismo? ¿Por qué intranquilizarme de que no haya todavía en mí ni el silencio ni la transparencia que da la limpieza de espíritu y por esto no pueda oíros, sabiendo que Vos depositáis vuestra palabra en mi alma, que me enseñáis y enriquecéis y estáis poniendo la vida nueva y la oración vuestra? El que atiende no pierde tiempo, sino que recibe sabiduría. Quien está con Dios y mira a Dios no pierde tiempo y gana cielo.

Dichoso yo si me porto de modo que el Señor me pueda meter en este divino silencio y en este no saber y no encontrarme; porque será la señal de que Dios por sí mismo quiere sacarme de mi ignorancia, quiere prepararme y darme su amor y el don de la íntima oración, que sería encontrarme en Dios y dárseme y ponerse El mismo en mi alma.

100. Los libros enseñan y dan muchas instrucciones para adquirir las virtudes, para negarse a sí mismo; exhortan a la mortificación y nos dicen los